

Número 13

Año I



Conchita Fernández.

El Album

DE MADRID

Semanario ilustrado

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: VILLANUEVA, 17, MADRID



15 céntimos



EL ALBUM DE MADRID

7 DE JULIO DE 1899

CRÓNICA

En la nueva fase del caos nacional, que parecía haber llegado á su límite con el bofetón soberano dado por los yankees en mitad de nuestro hidalgo rostro, continúan predominando la nota contradictoria, la más lamentable confusión.

Un día es Cuéllar, aquel simpático Cuéllar que huyó de la corte hacia las provincias donde se trabaja, donde la bohemia es un vicio y que al fin, hace una escapatoria, viene otra vez á su Madrid, á un Madrid que tenía, como Blasco el suyo, y se encuentra con que ya no lo tiene. Ha muerto—dice en un artículo conmovedor.—Aquel Madrid que armó una revolución para que enterrasen juntos á dos amantes, ya no existe. El de ahora está invadido por Villaverde, por los Presupuestos, por las cosas prácticas... Y apresurado, dolorido, coge su maleta. Se va á las provincias, á Barcelona, en busca acaso de ese pueblo soñador, artista, que no se preocupa de Villaverde.

Otro día, quien nos sorprende, quien da la nota, es *Vida Nueva*. A la cabeza de su número, en el primer fondo, dice redondamente, que esta es una nación de etetas y enanos, y en el segundo artículo de la misma plana, habla de las masas justicieras que asistieron al meeting de Montjuich, sin distinción de clases, y encarece y sube hasta las nubes sus nobles corazones.

Y no digamos nada de lo que ocurre en otras esferas, aún más altas y más grandes. Antes de que levara Villaverde sus belicosos Presupuestos, recibidos á pedradas, todo el mundo, propios y ex-

traños, reconocíamos la inmensidad de la obra que emprendía, y ahora, á parte de que no nos ha gustado á ninguno, ~~resul~~ que es un verdadero milagro que suceda esto por que las cuestiones de Hacienda son sencillísimas, según frase que ~~piruetó~~ Romero Robledo, y hasta en las casas de los buenos ciudadanos todos esos asuntos van á cargo de la parte más simple, de la mujer.

¡Quién lo iba á decir!

Y sin embargo, la cosa no debe estar muy fuera de razón, ó por lo menos así lo han debido entender en muchas de esas provincias, donde la perspectiva del hambre ha fraguado el motín. Han sido las mujeres las más tenaces en su protesta, las últimas que han abandonado el campo de batalla, las primeras en romper los cristales de las tiendas que se negaron al cierre. Con ellas sólo han competido los chicos.

¡La futura generación! En Zaragoza esos angelitos que llevan «el germen de la futura grandeza de España» y el «polen fecundante del progreso», después de romper á pedradas los faroles acabaron por improvisar en las sillas del paseo un circo taurino, donde ensayaron sus dotes, aprovechando una tregua, para seguir después cascando cristales de los comercios, apedreando conventos de jesuitas y gritando, en fin, con su voz pura y atiplada contra la reacción.

Reacción, toros, gritos. ¿No os acordáis de Unamuno? También él, que ahora recientemente nos ha mandado un telegrama desde Bilbao protestando contra la falta del artículo en ciertas oraciones, gritó muy oportunamente *muer*a Don Quijote, cuan lo ya nos había fastidiado. A poco Zeda se sintió también grande, y gritó *muer*a el Teorío. Y más recientemente aún, el pueblo que ya comienza asimismo á ser revolucionario, ha ovacionado en una tarde al «Bonifaz» y al Cid juntos en plena plaza de toros.

...¿Adonde iremos á parar, y qué ideal será el nuestro, el que brote al fin?

Cada uno cree que su camino es el mejor. Silvela ofrece un día puestos en el Congreso á los regeneradores de la Asamblea de Zaragoza, y éstos rehuyen la responsabilidad; claman contra los

políticos y llevan luego un mensaje al Parlamento, poniendo en sus manos la petición de que salven la Patria.

Los militares, según cálculos de quien lo entiende, consumirán 410 millones de los presupuestos, si Polavieja se empeña en sacar adelante sus planes. El pueblo se enfurece y destruye los escaparates. Silvela le amenaza con que cobrará los impuestos ayudado por los fusiles.

...¿Quien sabe lo que sería mejor? Yo por lo pronto opino que el jefe del Gobierno debía cumplir su amenaza. Y, además, que debía verificar la recaudación al son de la «Marcha de Cádiz» el himno con que despedíamos á los soldados que iban camino de la derrota y de la miseria de España.

En el lago.

Ya el lago duerme. La densa bruma
su manto tiende sobre las frondas.
Los peces duermen bajo la espuma.
La luna riela sobre las ondas.

En la ribera, is frescas flores
duermen, besándose, enamoradas.
La ondina duerme, soñando amores.
Duermen los silfos, gnomos y hadas.

Dentro de bosque, ya recogidas,
las aves duermen. Duerme el follaje.
Y hasta las nubes están dormidas,
y está dormido todo el paisaje.

Sueltos los remos y abandonados,
surca las ondas un barquichuelo
donde dos seres, enamorados,
con su cariño forman un cielo.

Veloces pasan las dulces horas
que el amor guía con blando halago.
Y entre caricias embriagadoras
la barca sigue surcando el lago.
Vibra de pronto, sobre las ondas,
el estallido de un beso ardiente
que va á perderse junto á las frondas,
siguiendo el curso de la corriente.
Rota la calma, las castas flores
abren sus tallos; entre el ramaje
las aves trinan, cantando amores,
y se estremece todo el paisaje.
Ya está la barca sobre la arena.
Ya se alza el himno de la poesía...
Y es que la tierra, de sombras llena,
há recibido la luz del día.

L. ANEROS PAZOS

Porque de algún modo tenemos que salir del caos, producido por aquel revés de los yankees: que nos volvió locos?

Y yo creo que para que cese nuestro aturdimiento y dejemos de girar como máquina descompuesta alrededor de nuestra sombra, nos hace falta un, buen puntapié, que nos pare en seco y nos enderece.

Después, la tila nos calmará los nervios, y más tarde, en fin, vendrá lo demás.

J. RUIZ-CASTILLO.

COPLAS

La mordedura del aspid
se cura con el cauterio;
para un corazón herido
busco una mujer de fuego.

He dado tanto en pensar
que ya para mí te has muerto,
que algunas veces te lloro,
y algunas veces... te rezo.

FRANCISCO AQUINO

En el fondo de mi pecho
una flor marchita guardo,
¡la flor de mis ilusiones
que marchitó el desengaño!

JOSE Q. MARTINEZ.



TERESA ALVAREZ

Mariposas

Ora blancas cual copos de nieve,
Ora negras, azules ó rojas,
En miriadas esmaltan el aire
Y en los pétalos frescos retozan.
Leves saltan del cáliz abierto
Como prófugas almas de rosas,
Y con gracia gentil se columpian
En sus verdes hamacas de hojas.
Una chispa de luz les da la vida
Y una gota al caer las ahoga;
Aparecen al claro del día,
Y ya muertas las halla la sombra.

¿Quién conoce sus nidos ocultos?
¿En qué sitio, de noche, reposan?
¡Las coquetas no tienen morada!..
¡Las volubles no tienen alcoba!..
Nacen, aman, y brillan y mueren;
En el aire al morir se transforman.
Y se van, sin dejarnos su huella,
Cual de tenue llovizna las gotas.
Tal vez unas en flores se truecan.
Y llamadas al cielo las otras,
Con millones de alitas compactas
El arco iris espléndido forman.
Vagabundas, ¿en dónde está el nido?
Sultanita, ¿qué harem te aprisiona?
¿A qué amante prefiere, coqueta?
¿En qué tumba dormís, mariposas?

¡Así vuelan y pasan y expiran
Las quimeras de amor y de gloria!
Esas alas brillantes del alma,
Ora blancas, azules ó rojas!
¿Quién conoce en qué sitio os perdisteis,
Ilusiones que sois mariposas?
¡Cuán ligero voló vuestro enjambre
Al caer en el alma la sombra?
Tu, la blanca, ¿por qué ya no vienes?
¿No eras fresco azahar de mi novia?
Te formé con un grumo del cirio
Que de niño llevé á la parroquia;
Eras custa, creyente, sencilla,
Y al posarte temblando en mi boca
Murmurabas, heraldo de goces:
«Ya está cerca tu noche de bodas!»

¿Ya no viene la blanca, la buena!
Ya no viene tampoco la roja,
La que en sangre teñí, beso vivo.
Al morder unos labios de rosa!
Ni la azul que me dijo: ¡Poeta!
Ni la de oro: ¡Promesa de gloria!
¡Ha caído la tarde en el alma!
Es de noche... ya no hay mariposas!
Encendió ese cirio amarillo...
Ya vendrán en tumulto las otras,
Las que tienen las alas muy negras,
Y se acercan en fúnebre ronda!
Compañeras, la cera está ardiendo;
Compañeras, la pieza está sola!
Si por mi alma os habeis enlutado,
¡Venid pronto, venid mariposas!

MANUEL G. NAJERA.

Làgrimas

Unió el sueño mis párpados y dijo:
—Esa luz boreal que precipita
el sol, desde los ojos de tu amada,
no es luz de faro, ni calor de vida;
es llama enroscadora que lamiendo
con roja lengua y á traición, calcina.
El licor de su boca; que sus labios
humedecidos, insaciables, liban,
miel de amores parece y es cicuta
en copa de corales y ambrosías.

Al despertar, la sombra de tu cuerpo
jugaba con la luz del nuevo día,
golpeaba en mi frente tu memoria
y mi carne gritaba estremecida:
¡que mis labios endulcen su venenol
¡que su llama refresque mi pupila!

F. TRISTÁN LABIOS.

LIGEREZAS

La vida es un calvario;
la cruz primera
es la cruz que del cuello
del niño cuelgan;
y la cruz última
la que sus brazos tiende
sobre la tumba.

M. DE SILES CABRERA



JOSE JUAN CADENAS

CANTO DEL CISNE

Estaban solos, sentados en un banco de hierro, en la plazoleta más ancha de los jardines, disfrutando aquella tarde de Junio, espléndida y majestuosa. A sus espaldas extendía un plátano sus hojas lacias; los árboles brillaban, agitando sus ramas con vislumbres rápidos, jugando con el airecillo, que llegaba incansable en rizadas ondas de frescura. El cielo, claro y alegre, parecía sonreír bondadosamente, con cierto desprecio melancólico, como si el espacio se complaciera en aquella suave armonía que inundaba los plácidos jardines, en la margen del río.

Ella se hallaba de frente, con el cuerpo erguido, en la actitud correcta de quien se halla en una visita de duelo; miraba distraídamente el paseo que cruza al lado del jardín, detrás de la verja de hierro y de las copas cóncavas, semejantes á hongos gigantes, de las recortadas acacias... Tal vez no miraba nada, porque su rostro nada expresaba, á no ser la complacencia física que proporciona un buen clima y la ausencia de emociones profundas. Era exuberante, magnífica; Parecía un modelo de Rubens; tenía esa belleza desconsiderada é indiscreta que, aún en la mujer más recatada y honesta, es como una provocación á la lascivia; pero, seguramente, su organismo gozaba de saludable equilibrio, y sólo en su mirada viva y escrutadora chispeaba la ingenuidad brutal de los instintos no domados...

El estaba en un ángulo del asiento, apoyándose en el bastón, en el espaldar y brazo de aquél, como si hubiera caído allí exánime y le faltaran puntos de apoyo; tenía indicios de un carácter pasional, unido á un temperamento robusto y bilioso; más la piel amarilla de su rostro, en que crecía una barba de cabellos secos y grises, se pegaba á los huesos, y la cuenca de sus ojos hundidos brillaba con resplandor triste, de luz de fuego fatuo ó de rescoldo mortecino...

La miraba con amor y con encono; sentía esos encendimientos del cariño que deben sentirse cuando se teme que la muerte nos separe de la persona idolatrada; y la rabia desesperante de contemplarla tan hermosa cuando él se encontraba aniquilado. ¡Oh, la tragedia vulgar que espantosa es! Esos dramas tan bellos que inventan los poetas para el teatro y para los libros son un cefrillo amargo comparados con el vendaval de la miseria humana. Nadie ha escrito, que yo sepa, el drama del hígado, el drama de los pulmones, el drama del estómago; es decir, el drama de la enfermedad implacable, que roe y destruye el cuerpo con fiera saña; que arranca gritos de dolor; que produce los aterradores insomnios de innumerables noches de martirio; que líquida y envenena la sangre; que consume la carne, y va, con el sibilatismo de monstruo tirano, devorando la vida, y dejando sólo despojos amarillentos y asquerosos... Entonces el alma se refugia en algún rincón; en los ojos, en el cerebro ó en el corazón, y se agita angustiada y tristemente, con ansias de vivir; braceando como el naufrago que se va á hundir en el abismo; alestando con el frenesí del pájaro cogido en la pesada red...

Por la mañana, cuando el sol luce alegre, cantando en el cielo el himno de la vida, el enfermo se mira al espejo, y ve con terror la huella de un día más de trabajo de su implacable verdugo; y si contempla la hermosura de la naturaleza, la belleza de la mujer ó la alegría de los niños, es para recordar sus dolores, para darse cuenta que rueda por la erizada pendiente á cuyo final la muerte espera riendo...

Algo así sentía aquel hombre, envejecido y sombrío, cuyos ojos brillaban tan tristemente, en la espléndida y majestuosa tarde de Junio, al contemplar á su hermosa compañera... Renacia su amor pasado, revivían sus ilusiones, despertaban los deseos apagados y el anhelo de caricias satisfechas... Sentía en su alma joven los aleteos de la pasión, y en su cuerpo exangüe los fríos destallecimientos de la muerte. Un amor nuevo, más grande y más intenso que el primero, un

amor febril que ya no tenía esperanzas sino temores; un enamoramiento para el cual ya no existían misterios, sino recuerdos, brofaba en su pecho y subía á sus ojos en ardientes llamaradas.

En la serena majestad de la tarde; en el solitario jardín de la risueña y tranquila ciudad; antes que el sol muriera, antes que llegara la noche, yo sorprendí aquel drama; y entre la brisa fresca que acariciaba los árboles y rejuvenecía el corazón, unido al eco languido del rumoroso río; creí entender un canto tristísimo, el canto de un amor que se despedía...

NICOLÁS M. LOPEZ.

Diálogos fantásticos

VI

RAPSODIA

El Alma

¡Paz!.. Serenos horizontes me envuelven en la suave transparencia de opalinos crepúsculos... Reclinó el sol la ardiente cabellera sobre las aguas verdes, y en el espacio, apenas azulado, pálida y lenta, como ideal sonámbula; se desliza la luna seguida de una cétrela. Durmiéronse las Horas; la última nota que modularon sobre el Arpa-Tierra surcó los aires con serpenteo lánguido, se alzó, cayó de nuevo sobre el Arpa, arrancóla un lamento y se perdió en el seno del silencio. Quiero también perderme en la apacible calma del día que se extingue... ¡Paz!

Voces de lo alto

¡Despierta! No puede jamás el silencio reinar en el Alma, cedana armoniosa de arpegjos sonantes. ¡Despierta!

El Alma

¡Paz!..

Voces de lo alto

¡Despierta! Que el crepúsculo del Alma siempre es de amanecer.

El Alma

¡Paz!..

Recuerdos

No; no dormirás. Somos legión, legión radiante, legión sonora. Infinitos colores, sonidos infinitos... escalas... ¿Nos conoces? Brillantes, velados, lánguidos, vibrantes, blancos, azules. Traemos la guirnalda de rosas. ¡Tus risas! Traemos el collar de perlas. ¡Tus lágrimas! Cantamos el *atlegro* agitado. ¡Tu anhelo! Suspiramos el lánguido *andante*. ¡Tu goce! Celebramos tus dichas, lloramos tus penas. ¡Tus penas! Si otros días se te antojaron monstruos, hoy desde su azulada lejanía, sonríen placidos. ¡Vestido de Recuerdo el Dolor es hermoso! Oyenos.

El Alma

¡Paz!..

Deseos

Sobre blancos, fogosos caballos, llegamos a ti. Jadedantes, cubiertos de espuma, cruzaron la estepa, resonando en el árido suelo el choque sin eco de los cascos duros. Después han hollado los fértiles valles que riega el gran río, y sobre sus lomos desnudos, á tu patria dorada, á tu patria florida, á tu patria encantada, lograron traernos vencedoras de las razas pálidas que opusieron á nuestro camino la débil barrera de un triste ideal... Dormida te hallamos.

¡Dormida! Despierta: Somos los valientes hijos del Desierto: esforzado anhelo nos condujo á ti... ¡Despierta! Llevada por nuestros corceles tu paz engañosa tal vez cesará; más arrebatada en carrera loca, cruzando llanuras y salvando abismos, flotante en los vientos tu rubia melena, sabrás lo que es vida, viviendo en los brazos del feroz guerrero que haría de tu cuerpo escudo de nieve, de nieve y de rosas, que sabrá infundirte en beso de amor la fuerza indomable, la ruda energía de la raza fiera que te ha dado el ser.

Esperanzas

¡Alma! Con lento y suave balanceo se mueve nuestra barca sobre mares tranquilos, limitados por blancos horizontes, sobre los cuales pinta un sol que nunca muere espejismos fantásticos.

¡Alma! Deja la playa donde duermes, y ven á nuestro lado. A compás de canciones halagüeñas, sonarás dichas. ¡Alma! Admite nuestra amante compañía en tu hora de silencio.

El Alma

¡Paz!.. Paz!.. Pero ¿qué digo? Han pasado las horas propicias á la paz: Ya se alza el Sol de entre las aguas verdes, sacudiendo la ardiente cabellera; ya la Luna se esconde en las espumas, terminado su ensueño... Despertaron las Horas y de nuevo preludian cantos de vida sobre el Arpa-Tierra. Todo saluda con alegre canción al nuevo día, porque todo en los brazos de la Noche gozó lo que yo ¡sola! no he podido gozar. ¡Oh paz! ¿Dónde encontrarte?

Voces de lo alto

No sueñes, el ensueño imposible. No sueñes. No puede jamás el Silencio reinar en el Alma, cadena armoniosa de arpeggios sonantes...

G. MARTINEZ SIERRA



LEOPOLD GERALDINE



ESTRELLA DE PARIS



LEAL DA CÂMARA

Leal da Câmara

Ya conoce todo el mundo al caricaturista original, su nervioso y extraño regocijo, su criterio extravagante y raro.

En periódicos y revistas populares ha hecho célebres los rasgos estupendos, diabólicos, singularmente bufos de su lápiz, y ha revelado un aspecto, una elocuencia, una sensación de la línea que no conocíamos aquí.

Los *manos* de Leal son una zancada, un cómico trapiés de la humanidad, sacada de quicio por la rozagante alegría, por la fuerte travesura de ese especial artista que sorprende en todos los perfiles, en todos los quiebros de la línea el picante comienzo de una carcajada estrepitosa.

Es sanamente satírico; sus caricaturas, aún las más traviesas, no crucifican al paciente, porque hacen reír sin hiel, reír sin desprecio y sin odio.

Leal da Câmara tiene entre nosotros un porvenir brillante, porque tiene un brillante y original talento.

A. LUNA.





EL PARROQUIANO DEL VASO DE AGUA (Caricatura de Leal (la Cámara.)



PRIMER CUADRO
Un jardín público. A la derecha un banco
rústico iluminado por una linterna vene-
ciara. La escena junto al banco.

PIERROT (solo).
...Y aparece Pierrot, vestido de blan-
co, pintado de blanco, bañado por la
blanca luz de la luna.

Colombina no está aun allí, á pesar
de ser el instante de la cita... «¿En dón-
de estará Colombina?» Todas las su-

posiciones, buenas y malas, pasan por
la mente del enamorado. Su rostro in-
dica la confianza: «debe estar en su
casa, vistiéndose, componiéndose, em-
polvándose, para llegar más bella que
nunca...» Pero ¿y si no estuviese en su
casa...? La duda frunce el albo entrecejo
del que espera... ¡Si estuviese en casa
del marqués...! Dos chispas negras bri-
llan en sus pupilas, entre los párpados
blancos...

...Y vuelve los ojos espantados hacia la vivienda de su rival, allí muy cerca, situada en el otro extremo del jardín... «No... no... no...» La risa muda y nerviosa contrae su faz de lirio. Su cabeza se mueve febrilmente sobre el cuello... «No... no... no...»

¡Sin embargo!... Una arruga profunda divide en dos partes sus mejillas. El juego de la fisonomía indica todas las incertidumbres de la duda. ¡Oh, una duda muy vaga; pero muy cruel!

Así transcurren cinco minutos, durante los cuales Pierrot ve moverse las agujas de todos los relojes con una rapidez vertiginosa... «Cinco minutos...? Para su alma son cinco horas, cinco días, cinco siglos... ¡Es necesario llamarla...! La llama, la implora, la suplica, la amenaza... ¡Nada...! Con las manos devotamente unidas sobre sus labios hambrientos, ofrécela mil besos... ¡Nada...! Al fin saca de la faltriquera un collar de piedras preciosas que acaba de robar en un escaparate; le hace brillar á la luz de la luna, se lo pone en la garganta, lo sacude, lo ofrece... ¡es para ella!

Moviéndose con ademanes cómicos de mujer coqueta, hace centellear en su garganta de yeso las gemas brilladoras. Se lanza con las manos besos á sí mismo. Se encuentra guapo. Hace ver, por medio de gestos y de pucheros, que su palmito es muy lindo gracias á las piedras preciosas... «¡Si ella estuviese allí...!»

COLOMBINA

Atraída por el reflejo de las gemas, Colombina aparece, rosada de rostro, rosada de manos, toda rosada, en fin, en la rosa ligera de su traje... «Son para ella, las joyas?» Pierrot dice que no con la cabeza... «no, no, no...» Ella se acerca, le acaricia, y sin hacer caso de sus negativas, le tiende el cuello desnudo, para que la ponga el collar... «¡Besos...!» No... primero el collar... después los besos... «¡Tus labios, Colombina...!» «¡El collar, Pierrot...! Luego los besos que él dá con fervor íntimo y ardiente... que ella recibe como gotas de llovizna estival, sonriendo con su sonrisa color de rosa.

¡Qué ricos son los besos de Colombina...!

Cuando ella vuelve la espalda, Pierrot le pasa el dedo por la

nuca y luego se lo chupa como si estuviese lleno de miel, haciendo aspavientos admirativos.

¡Qué rica es la carne de Colombina!

Pierrot quiere probarla con la boca.

¡No? ¡Por qué?

Más tarde... mañana... ¡Siempre mañana, siempre mañana! Y el mañana no llega nunca, Para él siempre es «hoy.»

Con una pirueta de clown, estira Pierrot el cuerpo flexible y deposita un beso en los senos de su amada, arqueándose, desarticulándose, riendo gozoso y discreto. Colombina se sacude el beso que cae al suelo, sonoro, triste, marchito...

Pierrot se inclina, lloroso, para recogerlo...

CUADRO SEGUNDO

El mismo jardín; pero ya no del lado del banco, si no visto por el lado izquierdo; en el cual hay una puerta cuyo cabzal exterior ostenta una inmensa corona de marqués. Sobre la puerta un balconcillo florido. El balconcillo está cerrado. En el interior brilla una luz celeste. Y de vez en cuando la silueta de Colombina percibe vagamente á través de los cristales...

PIERROT

El telón se levanta de nuevo... Y Pierrot, más blanco todavía, blanco con la blancura cadavérica de los celos, blanco como la hostia de la comunión de los agonizantes, blanco, cual un muerto, en su túnica color de sudario, aparece junto á la puerta. Sus ojos brillan en la máscara de yeso, con resplandores lamentables de cirio. La contracción de sus labios, tiene algo de macabro... ¡Oye...!

Su pie nervioso palpita sobre el suelo haciendo crujir la arena del jardín. Entre sus manos crispadas deforma inconscientemente, con ademanes intermitentes y bruscos, un abanico que acababa de comprar para ella, para Colombina, para la ingrata.

De pronto una lágrima brota en sus ojos. Una sóla. Sus párpados aletan cual mariposas que se incendian. Y él tiene vergüenza; no quiere llorar; quiere ser fuerte; necesita de toda su energía... ¡Hop...! Dándose una bofetada, aplasta la lágrima que ro-

daba ya por sus mejillas, camino de la boca con objeto de hacerle saborear la amargura de los celos...

En el horizonte la luna abre los labios.

... ¡Pobre Pierrot! Pegando el rostro contra la puerta cerrada oye lo que pasa en la alcoba... Oye los suspiros de Colombina; y

oye las palabras del marqués... Su frente, su boca, sus manos, todo su ser, en fin, va indicando las impresiones que producen en su alma doliente las escenas de traición...

Cuando un beso suena dentro, Pierrot siente el beso... cuando una risa llega hasta él, Pierrot ríe... cuando las manos de Colombina estrechan las manos del marqués, Pierrot une sus manos... Y ese simulacro de amor, indicando el amor de la mujer amada y del hombre aborrecido, tiene en su elocuencia silenciosa, un aspecto trágico y alucinante.



¡Pobre Pierrot! Por su memoria pasan, de vez en cuando (ahora) pasan y sonríen los recuerdos de noches mejores, de más alegres días, de menos crueles minutos de espera. En otro tiempo los estios caniculares le sorprendían abanicando á Colombina bajo una palmera artificial, en un parque muy noble... ¿Y los inviernos? Junto á la lumbre; cuando tenían lumbre, y cuando no en el lecho, bajo las sábanas, reconfortaban sus almas con enjambres de besos y calentábanse los miembros entumecidos con el aliento de fuego de sus bocas.

¡Pero ahora...!

En el fondo de la sala, Pierrot sigue sufriendo. De pronto todo su cuerpo se yergue. ¡Ya es bastante! Con los puños cerrados precipitase sobre la puerta y llama con insistencia, hiriéndose las manos, apoyando las rodillas, la frente y el pecho contra la madera imposible... Llama, llama, llama...

Cuando el telón comienza á caer, Pierrot llama todavía...

Arriba, en el balconcillo entrenubierto con precaución, aparece el rostro rosado de Colombina que sonríe... Está más bella que nunca, no á causa de su traje ligerísimo (una camisilla blanca muy descotada y sin mangas) sino á causa de la maldad que resplandece en sus ojos y que palpita en sus labios. Detrás de ella, el marqués, con la fisonomía espantada, en gorro de dormir, levanta al cielo sus larguísimo brazos y se lamenta...

Más arriba, mucho más arriba, allá en el horizonte, entre nubes blancas y picarascas estrellas parpadeantes, la luna abre más que nunca la boca, sin saber si debe reír ó si tiene que asustarse...

CUADRO TERCERO

El mismo jardín en su porte más ámplia, entre el banco y la casa del marqués en una avenida relativamente anchurrosa.

El sol comienza á levantarse, algo perezoso, estirando los rayos y parpadeando con pesadez, mientras la luna, ya muy lejos, pálida por haber pasado la noche fuera de casa, corre en el espacio seguida por tres nubecillas blancas... corre, corre... desaparece al fin. Entonces el sol sale a su ventana de ciclo, despeinado y pálido, como si no hubiera dormido solo.

El ruido de un carruaje. Pierrot llega seguido de dos seres invisibles que le dan las espadas de combate.

PIERROT

Allí está Pierrot, con una espada en la mano, nervioso, esperando a su rival. El rival llega... ¿en dónde está?... Allí, frente al amante de Colombina; y sin embargo nadie le ve... Allí está, Pierrot le saluda con seca cortesía... pónese luego en guardia... atácale...

...Le ataca con rabia ciega, sin pensar en defenderse, no economizando ni pecho ni piernas. Su mano derecha, enguantada y armada muévase furiosamente haciendo brillar la lama cual en los cuadros religiosos la flamígera espada del Arcángel Miguel brilla. Su mano izquierda levantada tras la nuca, permanece inmóvil.

¡Qué hermoso está Pierrot!

Se detiene... Se palpa el vientre... ¿Herido?... No... No ha sido más que la blanca blasa... Sonríe con orgullo como diciendo que no pueden herirle, que es invencible.

El combate principia de nuevo, con una reverencia muy aristocrática. Siempre fogoso, Pierrot avanza, avanza sin cesar... Al fin se detiene junto al banco, retrocede un paso... Sigue atacando...

En la escena no hay sino un mimo armado, resistiendo a ataques ideales, lanzándose furioso contra el aire, y saludando de vez en cuando a la izquierda, en donde los padrinos deberían estar.

El chasquido de las espadas que suena en la orquesta, baja y sube de tono a medida que es uno u otro quien ataca. Los asaltos del marqués invisible, son más breves y más flojos que los de Pierrot.

Es un duelo solitario, pero hecho con tal brillo, con tal pasión, con tal arte, que los espectadores llegan a ver (visionarios titinizados por el genio) las sombras del enemigo y los testigos.

Pierrot se defiende ¡oh que mal, con cuánto desdén! Se defiende apenas. ¿Acaso ha venido a eso? No. Ha venido a atacar, a herir, a matar, a vengar la traición, a reconquistar el alma rosada de Colombina...

El duelo dura mucho tiempo. Al fin Pierrot suelta la espada,

levanta los brazos para que las sombras de sus amigos le sostengan, comienza a agonizar... Sus ojos se dilatan horriblemente, haciendo dos manchas violáceas en la blancura del rostro, su nariz se adelgaza; su labio inferior agrandase, ablandándose y contrayéndose en un gesto de precoz descomposición.

En su boca contraída palpita un gesto de maldad, de dolor, de cólera; un gesto que deja ver los dientes blanquíssimos y las pálidas encías; un gesto sin resignación y sin dulzura, un gesto malo, en fin.

Luego se acuerda de ella, ya casi en la tumba. (De ella que es la vida, que es el ritmo, que es la belleza, que es la sonrisa!.. Y quiere sonreírle... Y no puede... Los muertos no pueden sonreír... Y él ya está muerto, ya no puede tenerse en pie, ya va a caer...)

...Va a caer, Pierrot; no tiene fuerzas; su sangre, escapándose por una herida invisible, vacía su cuerpo como una vejiga agujereada...

COLOMBINA

Va a caer, cuando Colombina aparece despeinada y sin sombrero, vestida apenas con una enagua y un corsé... El marqués trata de agarrarla, pero ella resiste, cólerica, precisada, y llega hasta Pierrot que se precipita sobre ella, ofreciéndola aún sus labios ya muertos pero llenos aún de besos funerales...

COPLAS

Relámpagos son mis dichas
y tormentas mis pesares,
mi tristeza es una nube
que en lágrimas se deshace.

Yo quisiera ser el viento
para cruzar el vergel...
Arrasar todos las flores
y arrojarlas a tus pies.

ENRIQUE REDEL.

Nuestros grabados

José Juan Cadenas.—Es el poeta de la vida galante á la manera de Heine y sus versos se distinguen por la fluidez, en el estilo y por la fuerza de la expresión. Leyendo sus poemas se vive en un ambiente de tristeza y como con el poeta alemán, se sienten nostalgias y desengaños.

Prepara un libro del que seguramente gustarán con deleite los intelectuales.

P. G. B.

Conchita Fernández.—Es muy joven, y no por eso es desconocida; á Conchita la aplaude en el «Salón de Actualidad» y la aplaude con justicia porque Conchita tiene muchísima gracia; vamos mucho *angel* como dicen los andaluces; y en el monólogo *¿A que no?* hace un verdadero derroche.

Conchita, llegará con muy pequeño esfuerzo al nivel de nuestras más aplaudidas tiples.

Teresa Álvarez de Rex.—Nació en Pamplona y estudió solista en el Conservatorio de dicha población. Recibió en Barcelona lecciones de canto del maestro Goula, y más tarde estudió el repertorio de zarzuela grande con el maestro Fons en Alicante. Debutó en el teatro Cervantes de Málaga; y desde entonces, en cuantos públicos se ha presentado, ha llamado la aten-

ción por su voz clara extensa de un timbre precioso. Su dicción es correcta, y esto unido á su esbelta figura y belleza, no nos extraña que públicos como los de Alicante, Murcia, Cartagena, Canarias, Lisboa, Oporto, Zaragoza, Ciudad Real, Málaga, Valencia y últimamente Pamplona, la hayan prodigado toda clase de agasajos, demostrándole que reconocen sus buenas condiciones como artista y como mujer, y que siempre la verán con entusiasmo.

¡Lástima que en Madrid estemos condenados á no ver figuras como la Teresa Álvarez por el monopolio que rige en los teatros!

Leopold Geraldine.—Tanto se dijo ya de esta artista en todas las revistas y diarios de Europa y América que nada podríamos añadir al sin número de elogios que se le han tributado.

ADVERTENCIAS

Con el presente número vence el primer trimestre de suscripción de esta Revista. Rogamos, por tanto, á los señores abonados que deseen continuar, se sirvan hacer la renovación antes del próximo, para no sufrir

interrupción en el recibo del periódico.

..

A los señores corresponsales de provincias suplicamos liquiden las cuentas del pasado Junio, pues esta Administración suspenderá el envío de paquetes á todos los que no lo verifiquen antes del día 10 del presente.

Sr. Director General de Correos.

Muy señor nuestro: Los corresponsales de Cádiz, Cartagena, Granada, Tarragona y otros varios, nos escriben diciéndonos que EL ALBUM lo reciben con mucho retraso y á veces dos números en el día.

¿Sería usted tan amable que diera orden para evitar se nos perjudique en nuestros intereses, á la par que los del público?

Mucho se lo agradecerá s. s.

q. b. s. m.

EL ADMINISTRADOR.

IMP. PARTICULAR DE EL ALBUM DE MADRID
VILLANUEVA, 17

EL ALBUM DE MADRID

SEMANARIO ILUSTRADO

SE PUBLICA LOS VIERNES



Dirección y Administración: Villanueva, 17, Madrid

Redacción literaria: Marqués de Santa Ana, núm. 29

Precios de suscripción

MADRID			PROVINCIAS			EXTRANJERO		
Trimestre.....	2	pesetas.	Trimestre.....	2,50	pesetas.	Trimestre.....	4,25	francos.
Semestre.....	4	»	Semestre.....	5	»	Semestre.....	7,25	»
Año.....	7	»	Año.....	9	»	Año.....	12	»

Número corriente 15 céntimos.—Idem atrasado 25

Las suscripciones empiezan siempre en 15 de cada mes.—Pago adelantado en sellos de correos, libranzas ó letras de fácil cobro.

Anuncios á precios convencionales.

La correspondencia y valores deberán dirigirse al Administrador, Villanueva, 17.—Madrid.



